

mos necesidad de la gracia. Para obtener la gracia, es necesario pedirla. Y en fin para pedirla eficazmente, es necesario pedirla con humildad. Porque como dice Santiago: Dios resiste á los soberbios y dá su gracia á los humildes.

La razón es porque Dios es celoso de su gloria, y no permite, que se la arrebaten. He aquí porqué está en el plan de la Providencia abandonar á si mismos á los soberbios, y dar su auxilio á los humildes que volverán á Dios toda la gloria con sus buenos éxitos. Por eso Dios se sirve de hombres débiles y viles segun el mundo, y sobre todo segun ellos mismos para cumplir sus grandes designios. Cuando fundó su Iglesia que debia abrazar todos los tiempos y lugares, dejó á los sabios en sus escuelas y á los poderosos sobre sus tronos; no pidió ni su espada á los conquistadores; ni á los oradores su elocuencia; sino que tomó de la condición mas humilde, doce pobres pescadores que llevaron el mundo al pie de la cruz.

Y esta conducta general de Dios es precisamente la que guarda con respecto á cada uno de nosotros. Para la grande obra de nuestra salud, es necesaria una doble cooperación, la de Dios y la nuestra. Dios dá su gracia; y por nuestra parte debemos traer la humildad. Humillémonos pues, mis queridos hermanos: nuestra humildad será el principio y tambien la medida de las gracias que Dios nos dispense en esta vida y de la gloria que nos dará en la otra.

¿Segun lo dicho será necesario esperar la otra vida para recibir la recompensa de nuestra humildad? No; Escuchad las palabras de Jesucristo: aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontrareis el reposo de vuestras almas. Tener la paz del alma, es la felicidad mas grande y la única real que el hombre puede disfrutar en la tierra. Ahora bien: Jesus nos indica el medio de llegar á ello: ser humildes.

En efecto, ¿cual es el origen de casi todas nuestras tristezas? El orgullo. Estamos tristes, porque no se piensa en nos-

otros, porque se nos desprecia, porque otros son los preferidos, porque nuestros proyectos fracasan, porque no recogemos los aplausos que pretendiamos; frecuentemente tambien porque hemos cometido alguna falta aunque sea secreta, y nos vemos obligados á disminuir la estimación que nos tenemos. Mas que los golpes de la fortuna, el orgullo causa todos nuestros tormentos y todas nuestras penas.

Con la humildad por el contrario, el hombre goza de una paz profunda. Se le puede elogiar: los elogios no le conmueven; por que él no acepta los elogios de los hombres y refiere á Dios toda su gloria. Se le puede tambien olvidar, despreciar y aun calumniar: todo esto le conmueve todavia menos, por que conoce su profunda miseria. Por otra parte tiene á la vista el ejemplo de su Maestro, tratado mas indignamente que él; y este recuerdo le hace desear mas las humillaciones y los desprecios. Si cae en alguna falta, no se exalta contra si mismo: la exasperación, no es mas que el orgullo disfrazado. ¿Que admirable es que por su debilidad haya caído? El no piensa mas que en humillarse mucho ante Dios, y amarle mas para reparar su falta.

Creo haber dicho lo bastante para inspiraros amor á la humildad. Practiquémos pues resuelta y fielmente esta virtud. Practiquémosla, por que es justo: nosotros nada somos, ó mejor dicho, somos menos que nada pues lo que hacemos es pecar. Practiquémosla por que ella tiene hasta las promesas de la vida presente: la paz del corazón no se ha prometido más que á los humildes. Pero practiquémosla sobre todo, porque tiene las promesas de la vida futura: seamos pequeños como los niños sobre la tierra, á fin de ser recibidos un dia en el cielo por nuestro Eterno Padre.

NUEVO GENERAL DE LOS JESUITAS.

PRELIMINARES.

La última estadística de esta ilustre

Compañía, comprende 12,947 religiosos.

Estos religiosos están repartidos en cinco asistencias y ellas mismas, están subdivididas en provincias.

Las cinco asistencias son: Italia, Alemania, Francia, España, é Inglaterra.

La asistencia de Italia está compuesta de las provincias siguientes: provincia romana, 367 religiosos; napolitana, 242; siciliana, 251; turinesa, 453; veneciana, 355; sea un total de 1764 religiosos.

La asistencia de Francia, comprende las provincias de: Champagne, 538 religiosos; Isla de Francia, 886; Lyon, 777; Tolosa, 662, sea un total de 2,863 religiosos.

La Francia es la nación que tiene más jesuitas.

La asistencia de Alemania se compone de las provincias siguientes: Austria-Hungría, 642 religiosos; Bélgica, 935; Galitzia, 374; Alemania, 1,069, Holanda, 450; total 3,470.

Esta cifra es superior á la de la provincia de Francia; pero notad que en la provincia de Alemania, están comprendidos muchos países.

En la asistencia de España hay cinco provincias: Aragon, 945 religiosos; Castilla, 869; Portugal, 205; México, 123; Toledo, 428; sea en todo 2,570.

Hay siete provincias en la asistencia de Inglaterra. Inglaterra, 585 religiosos; Irlanda, 267; Maryland, 564; Missouri, 403; Canadá, 240; Nueva Orleans, 195; Zambeze 53; son en todo, 2,307.

Cada una de las provincias que enumeramos tienen alguna misión en país extranjero. Así es que las provincias de Francia tienen misiones en China y en Siria. Estas misiones están reservadas á tal ó cual provincia en particular: es raro que se empleen religiosos de otra provincia.

Los jesuitas franceses no están todos residiendo en Francia, pero una parte se encuentra en las misiones que son asignadas á las provincias de su asistencia.

Para administrar este ejército tan di-

seminado hay un gobierno central de una autoridad absoluta.

Debemos hacer constar, porque no lo hemos hecho, que otro de los grandes cuarteles de los jesuitas es la América del Sur.

El general de los jesuitas manda su ejército con los poderes más plenos.

Es nombrado por elección. Cada provincia de la sociedad envía dos diputados, que unidos á los asistentes y á los provinciales, nombran al general y sus "socios" ó acompañantes.

El general de los jesuitas es ayudado en su administración por una curia que es compuesta de 13 padres profesos jesuitas y de 10 hermanos laicos.

Entre los 13 profesados es necesario distinguir los asistentes que representan las diversas asistencias de la sociedad, más un asistente que les acompaña.

El asistente de Francia es el padre Grandidier, de Alemania el padre Hoewel, de España el padre de la Torre y de Inglaterra el padre Whitty.

Los otros profesados son secretario y subsecretario de la curia general.

Cada día de la semana el general recibe uno de los asistentes y trata con ellos asuntos de su resorte.

Hay consejo general cada semana para tratar los asuntos graves.

Pero cuando se trata de negocios de detalle, es el padre general el que decide solo y sin apelación posible.

Es él quien designa el vicario que, á la muerte del general, debe tomar la administración y la dirección interina. No es sino en el caso que el general, sorprendido por la muerte, no hubiera designado vicario, que los religiosos que habitan la casa procedan á la elección del jefe provisorio del instituto.

El vicario designado por el padre Anderledy fué el R. P. Luis Martín, de la provincia de Castilla, secretario de la curia general.

Los últimos generales de los jesuitas, despues que Roma fué capital del reino de Italia y que el gobierno puso la mano sobre el magnífico convento de Gesú, se

establecieron en Fiesole cerca de Florencia. Es de la Iglesia de Gesù que los hijos espirituales de San Ignacio recibieron su nombre de *jesuitas*.

Este nombre desconocido en el origen de la compañía, no ha estado en uso sino despues que se ha dado la célebre Iglesia para el servicio de los religiosos.

Ningun general de los jesuitas ha pertenecido á la nacionalidad francesa; en su mayor parte han sido italianos.

A la muerte del R. P. Anderledy, último General de la Orden, entró á regirla con el título de Vicario el R. P. Luis Martín, español, dando en todo muestra de sus miras gigantescas, no siendo de esto la menor prueba el que habiendose reunido los Profesos de la Compañía para la elección de General en la ciudad de Roma, el P. Martín dominando con vista de águila la situación presente, y para obviar inconvenientes que excepcionales circunstancias podrían presentarse en acto tan solemne y trascendental, se trasladó con todos los electores á España; y reunidos en la casa solariega de San Ignacio de Loyola, despues de una madura deliberación, y por unanimidad, fué electo General de la Orden el mismo R. P. Luis Martín, siendo el 24^o General, y 5^o Español.

Burgos se gloria de haber sido la cuna de tan ilustre personaje y de haber presenciado los primeros triunfos literarios de esa inteligencia privilegiada. A los 18 años de edad, en 1864, ávido de saber, ingresó en la corporación, que á sus ojos se presentaba como emporio de las ciencias humanas y divinas. Encontró en efecto, lo que deseaba, elevándose en poco tiempo, merced á un estudio infatigable, á la categoría de un verdadero sabio.

El R. P. Luis Martín es realmente un genio. Cuantos tratan con él se sienten en su presencia como dominados por tan sorprendente universalidad de conocimientos. No hay ramo del humano saber que no parezca su estudio propio. La Literatura Española se honra con él como uno de sus mejores profesores de estos tiempos; las Bellas Artes ven en él, encar-

nado el espíritu de los grandes artistas del siglo XVI, como lo testifica Salamanca en las obras que él mismo dirigió en el colegio levantado por la casa de Austria á la Compañía de Jesús, y no terminado hasta que el genio superior del P. Martín vino á darle cima en el año de 1857.

Las ciencias eclesiásticas se glorían tambien de haber sido ilustradas por su magisterio; y el Griego, el Hebreo la mayor parte de las lenguas europeas, miran en él uno de sus profundos conocedores.

Pero sin duda ninguna la nota más culminante en el conjunto de tan excelentes cualidades, es el alto don de gobierno con que la naturaleza lo ha distinguido, y que propios y extraños indiscutiblemente lo conceden. En su Rectorado de Salamanca, aquella sabia ciudad acudía á él como á su oráculo; pasó despues con el mismo cargo á la Universidad que con tan gran provecho de la juventud española sostiene en Bilbao la compañía, y poco despues fué destinado á regir toda la provincia del Norte de España, que los jesuitas llaman de Castilla.

Todos estos puntos eran pequeño campo de acción para las vastas miradas y la actividad prodigiosa de este hombre extraordinario; conocido lo cual por el General anterior, le llamó á su lado, ántes de morir, para poner en sus manos el timon de la Compañía.

Sus antecesores Españoles en el Generalato fueron: San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía, el P. Diego Lainez, pasmo del Concilio de Trento, San Francisco de Borja, Duque de Candía, Virrey de Cataluña, Márquez de Lombay y gran privado del Emperador Carlos V., y Tirso González, lumbrera de la Universidad de Salamanca, de agudísimo ingenio y autor de obras selectas teológicas.